

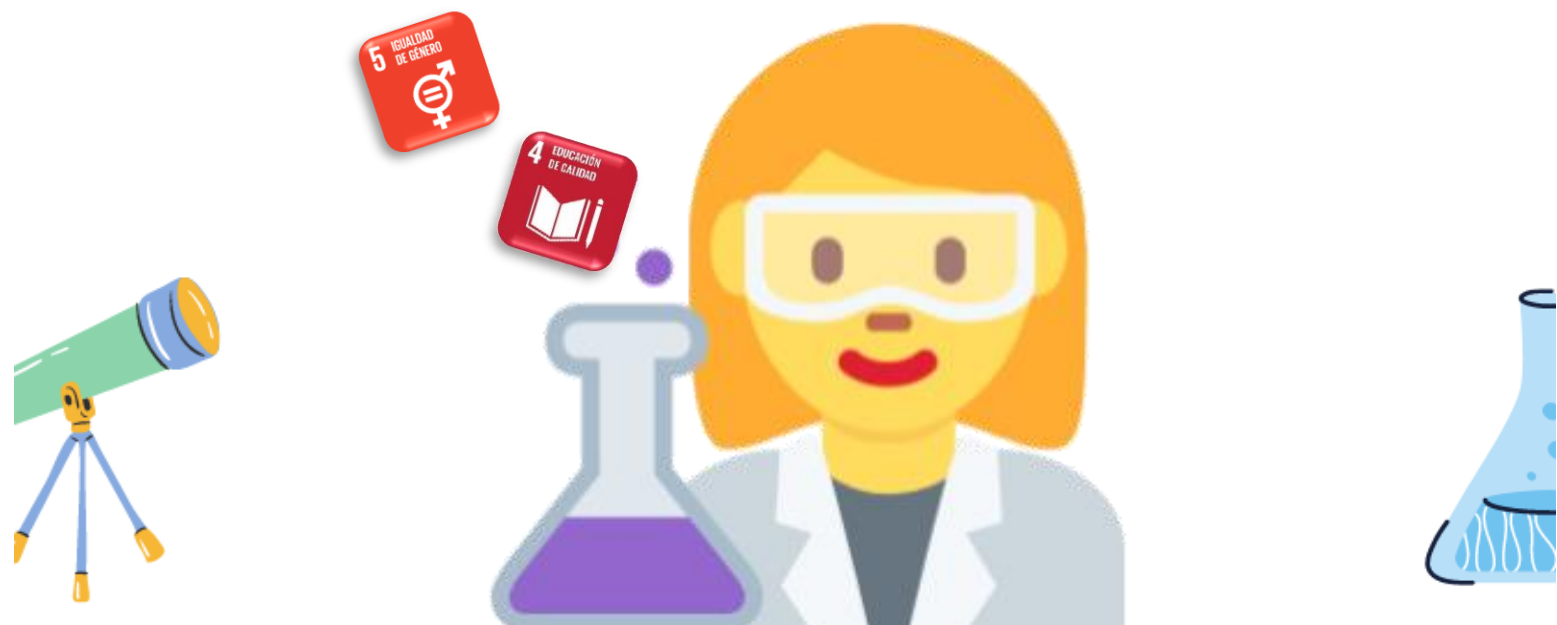
LAS NIÑAS TAMBIÉN QUIEREN SER CIENTÍFICAS.



RELATO FINALISTA

ELISABETH Y LOS CHICLES TUCAMANI

Inés R. M - 10 años



Hace cierto tiempo, una joven llamada Elizabeth Harbrum soñaba con ser una gran científica. Elizabeth vivía en Hoxmede, cerca de Londres. Desde pequeña adoraba el colegio, leer libros, pasar mucho tiempo en la biblioteca y aprender.

Desde los 10 años soñaba con crear algo útil para las personas. Le había gustado muchísimo la película *Charlie y la Fábrica de Chocolate*, e imaginaba hacer realidad algún día esa bola de chicle fantástica que servía como una comida completa.

A los 20 años empezó a estudiar en la conocida universidad de Cambridge. Estudiaba Química y Biología. Se pasaba el día entre los tubos de ensayo, libros de laboratorio y sus fantásticas ideas.

Un día, poniendo orden en su casa, encontró su diario de niña. Al leerlo, encontró la genial idea del chicle que servía como una comida, inspirada en una de sus películas favoritas. Se puso a trabajar y a investigar. Ahora tenía los conocimientos y medios para tratar de hacerlo realidad.

Probó, investigó y combinó distintos elementos químicos en sus trabajos. Después de un tiempo, vio que se acercaba, pero era difícil lograrlo y se desanimó. Paró sus investigaciones.

Se tomó un tiempo de descanso y planeo hacer un largo viaje para desconectar su mente de los alambiques, las pipetas, los tubos de ensayo y hasta los libros...

Viajó a varios países, entre ellos Perú. Se instaló por una temporada en una pequeña aldea en la montaña, a mil metros de altura, llamada Tucamán.

Las personas de Tucamán eran amables, y aunque la comunicación no era muy fluida por el idioma, se entendían en lo básico.

Pasaba largas horas en el campo, cogiendo plantas, flores y frutos silvestres. Se llenaba del aire puro de la montaña. Disfrutaba viendo la vida normal y las costumbres de los habitantes de la aldea, llamados tucumanos.

Todos los tucumanos parecían muy saludables. Había personas de mucha edad que se mantenían en plena forma. Sobre todo, comían una especie de tortita hecha con la raíz de una planta: la cocota.

Con la cocota, además de tortitas, hacían sopas, guisos y también la comían cruda. Su dieta se basaba en la cocota.

Cuando Elizabeth la probó, estaba deliciosa y notó que comiendo muy poco, ya estaba llenísima. Esto le hizo acordarse de sus investigaciones.

Un poco de tiempo después regresó a Londres. Sus maletas estaban llenas de cocotas. Sentía que era el ingrediente clave para sus investigaciones.

Volvió a su laboratorio y descubrió que la cocota tenía todos los nutrientes de los alimentos básicos. Era un gran descubrimiento. Añadió esencia de cocota a las combinaciones químicas que ya había creado. Consiguió crear una pastilla similar al chicle. Experimentó comiendo únicamente tres chicles al día durante una semana. Se sentía genial. Después lo dio a probar a su familia y amigos. ¡Era todo un éxito de sabor! ¡Todo un descubrimiento!

En honor a los tucumanos de la aldea de Perú, llamó al producto *Tucamani meal*, y regaló su descubrimiento para que con él se solucionara uno de los mayores problemas del mundo: el hambre.

A lo largo de su vida, Elizabeth logró otros descubrimientos importantes, pero cuando se hizo mayor, quiso pasar su tiempo entre los tucumanos, disfrutando de aquella lejana aldea de Perú.

